

LOS NIÑOS CÉLEBRES

LAS DOS PREDICCIONES

(Continuación)

Si Francisco José era Haydn, célebre ya por entonces. Y el anciano conde Antonio de Esterhazy, ardiente apasionado de su música, quiso tomarle á su servicio.

El maestro de capilla del príncipe Esterhazy, viendo que el Príncipe no pensaba ya en contratar á Haydn, buscó un medio para traer á su memoria al reputado compositor; con este objeto aconsejó al artista que compusiera una sinfonía que se ejecutaría en Eisenstad, residencia de Esterhazy, el día de su santo.

Siguiendo su costumbre, y de conformidad con el encargo de Mad. de Lippenheim, Haydn colocó al principio de su partitura las siguientes palabras: *In nomine Domini*, y las terminó con las de *Laus Deo*. Por eso la inspiración, que al principio se manifestó rebelde, acudió fecunda y brillante. La obra pareció magnífica. El día de la ceremonia no tardó en llegar. En Palacio se celebraban grandes fiestas por ser los días del Príncipe, que, rodeado de toda la Corte, asistió al anunciado concierto.

Los músicos estaban en sus puestos.

La sinfonía comenzó, y produjo desde las primeras notas un efecto inmenso. Apenas se hallaban á la mitad del primer *allegro*, cuando entusiasmado el príncipe Esterhazy, exclamó:

—¡Esto es magnífico, divino! Quiero saber al momento quién es el autor de esta composición.

—Haydn—respondió Friedberg al instante.

—Traedle á mi presencia.



Y el director de orquesta presentó al Príncipe á Francisco José, que temblaba como un azogado.

—¡Qué! ¿es este moro (y en efecto, el color de Haydn justificaba en cierto modo este apóstrofe) el que ha compuesto esa música? Pues bien, moro, desde ahora se queda á mi servicio. A propósito, ¿cómo te llamas?

—José Haydn—balbució tímidamente el músico.

—¡Ah!... Espera un poco... Me parece que ya conozco ese nombre. Si no estoy equivocado, tú perteneces ya á mi casa. Sin embargo, nunca te he visto: ¿en qué consiste eso?

—Es... que...—balbució Haydn, á quien habían asustado las bruscas maneras del Príncipe, y que estaba cortado por el brillo de los personajes en cuya presencia se encontraba.

—Vamos, vamos... anda y ponte un uniforme de maestro de capilla—dijo el Príncipe.—Despáchate... no quiero verte más así, amigo mío; eres verdaderamente pequeño. Tu rostro es diminuto en verdad. Que te den un traje nuevo, una peluca con bucles á propósito; ponte zapatos, y que los tacones sean encarnados... y muy altos. Conviene mucho que tu estatura esté en relación con tu talento... ¿Has comprendido?

—Sí, señor Príncipe—murmuró Haydn conmovido.

—Anda...—terminó el gran señor—y te darán todo lo que te hace falta.

El ilustre músico, tratado sobre poco más ó menos como un criado, no se incomodó por aquellas rudas maneras, que no hubiera consentido ningún artista de hoy. Se inclinó respetuosamente ante el Príncipe, y después fué á sentarse en un rincón de la orquesta; al día siguiente apareció de uniforme en presencia de su nuevo amo. Su corta talla le daba un aspecto ridículo, y los demás músicos no le llamaban más que el Moro, por celos y por envidia.

A la muerte del príncipe Antonio Esterhazy le sucedió el príncipe Nicolás. La posición de Haydn cambió notablemente, porque este último le profesó gran amistad y consideró al compositor como un amigo cuyo género admiraba.

Haydn gozó una vida tranquila y morigerada; trabajó sin descanso, pero sin fatigarse; compuso muchas obras maestras, y siempre encontró en el príncipe Esterhazy un ilustrado protector. Haydn bendecía siempre á Dios por los triunfos que le proporcionaba su talento. Cuando sentía que su imaginación flaqueaba un poco, ó bien se le presentaba alguna dificultad que no podía vencer, dejaba el piano, tomaba el rosario que le había dado en Rorhau el hijo de la condesa de Lippenheim, y se ponía á rezar devotamente.

(Concluirá.)



ENTRE LOS ANTROPÓFAGOS

No como relato de aventuras maravillosas ideadas por la fantasía de un escritor, sino como caso verídico que ocurrió en una isla de caníbales, hemos encontrado en la prensa extranjera la noticia que vamos á comunicar á nuestros lectores.

El armador y capitán de una brick-goleta americano había estado ya en una de las islas del Archipiélago de Salomón y se había llevado tres hombres de la tribu, y pasado bastante tiempo volvió con su brick y desembarcó con dos marineros.

A poco se vió rodeado de indígenas, que comenzaron por matar á sus marineros y después se arrojaron sobre el capitán, le tiraron al suelo y le amarraron, llevándosele cautivo.

El segundo de á bordo, que presenció la escena sin poder evitarla, creyó perdido irremisiblemente al capitán y se hizo á la mar, alejándose rápidamente de aquella tierra inhospitalaria.

Cuando los salvajes quitaron sus ligaduras al capitán, seguros de que la fuga de éste era imposible, no daba el pobre un céntimo por su vida, pues tenía antecedentes de

Gente Menuda

cómo solían portarse con sus prisioneros. A su recuerdo venían escenas terribles de canibalismo, pues aquellos bárbaros se habían dado más de un festín con los cuerpos de sus prisioneros.

Convencido de su próximo fin, esperaba el hombre el terrible momento aparentando gran serenidad, pues sin saber por qué, y como lo último que se pierde es la esperanza, todavía, dentro de aquel triste convencimiento, sentía alguna esperanza de salvación.

A los dos días de este angustioso cautiverio vió acercarse

por bien no venga, y véase también cómo el recurso más eficaz para *desarmar* la cólera de unos salvajes, puede consistir en *desarmarse* una persona.



á los caníbales con inequívocas señales de un apetito nada tranquilizador. Todos tenían los ojos fijos en su cuerpo.

El capitán, que se hallaba picando tabaco al acercarse los indígenas, no sabiendo qué hacerse de la navaja, se la clavó en un muslo.

Hay que advertir que el capitán tenía una pierna postiza de madera.

Los caníbales lanzaron un grito de asombro al ver la impasibilidad con que aquel hombre se clavaba un cuchillo en las carnes y se quedaba tan tranquilo.

Aquella impresión inspiró al capitán una idea salvadora y decidió aprovecharse de sus imperfecciones naturales y de los recursos que la industria humana empleó para enmendarlas.

Púsose en pie de repente, hizo una mueca espantosa y se arrancó de golpe... toda la dentadura (postiza), que mostró á los salvajes, cada vez más asombrados. Entonces avanzó, adelantó la cabeza, y arrancándose un ojo (de cristal), se lo arrojó á la cara á un jefe de la tribu, que salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Los indígenas comenzaban á retroceder, cuando haciéndose dueño de la situación se desató las correas que sujetaban la pierna de madera, y fingiendo que se la arrancaba de cuajo, la enarboló y comenzó á repartir leña.

Aquello fué el acabóse: unos huyeron dando alaridos, y los más se postraron ante aquel ser *sobrenatural*, exclamando como en *Los sobrinos del capitán Grant*:

¡Tabou! ¡Tabou! ¡Sagrado! ¡Sagrado!

El capitán, en vista del resultado obtenido, amenazó con quitarse un brazo y hasta quitarse la cabeza... de lo cual aparentó que desistía en vista de las súplicas de sus espantados adoradores, y durante unos meses, hasta que un barco vino á rescatarle, fué un ídolo vivo para aquella gente.

Véase de qué extraña manera consiguió aquel lisiado salvar su amenazada existencia, y cómo sus defectos físicos vinieron á confirmar nuestro refrán de que no hay mal que

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

Lolita y Carlos habían asistido á una representación dramática que les había interesado grandemente, y como suele ser muy común en los niños el deseo de repetir al día siguiente en casa lo que tanto les gustó en el teatro, decidieron dar una segunda representación casera del drama. Aprovecharon la ausencia de sus padres, que habían salido á hacer visitas, y la falta absoluta de vigilancia por parte de los criados, para despacharse á su gusto en la cuestión de trajes, que era para ellos de grandísima importancia. Era el drama que habían visto de los llamados *de época*, y la dama arrastraba una gran cola y el galán lucía sombrero con plumas y ceñía tizona, por lo cual era preciso sustituir la faldilla corta y el delantal de Lola y el trajecillo á la marinera de Carlos con una indumentaria más aparente.

Carlos se improvisó una tajante espada de caña y se fabricó una montera de papel, en la que sujetó con alfileres una gran pluma de un sombrero de su hermana, y ésta, acudiendo al guardarropa de su mamá, se buso bonitamente una rica falda adornada de encajes.

Estaba el drama en su más culminante escena, cuando la llegada de los papás vino á anticipar el desenlace, que tuvo un carácter trágico, pues los improvisados artistas fueron severamente castigados.

La falda estaba hecha una lástima y los encajes rotos á fuerza de pisotones, y el sombrero de Carlos resultaba fabricado con un escrito de abogacía que, naturalmente, había quedado inservible.

Tenían los niños la singular fortuna de que les viviera su abuelo, que no sólo interponía su poderosa influencia para obtener el indulto, ó cuando menos la atenuación de los castigos impuestos á sus nietos, sino que además procuraba convertir en beneficio de ellos sus propias faltas, tomando de ellas algo que á él le parecía arovechable

para su instrucción y entretenimiento, y descartando lo malo que en ellas había: trabajo análogo al de la abeja cuando convierte en dulcísima miel el amargo jugo que chupa en la retama.

En la ocasión presente fué el abuelo el primero en vituperar la falta de respeto de los niños al tomar para sus juegos las ropas y objetos de los mayores; pero la afición á hacer comedias le pareció que, bien dirigida, podía constituir una culta y honesta diversión, y que, por lo tanto, debía fomentarla.

Encargó la construcción de un teatrillo portátil para este efecto, y mientras el carpintero lo hacía con arreglo á sus modelos y por vía de preparación para las comedias, les enseñó á representar charadas en unión de otros niños, amigos de Lola y de Carlitos.

Creemos que á nuestros lectores podrá interesarles conocer algunas de ellas y aun ensayar su representación, y no vacilamos por esto en transcribir fielmente la charada que el abuelo compuso y dirigió para inauguración de la temporada:

CHARADA REPRESENTABLE

CUADRO PRIMERO

Un comedor; en uno de los aparadores hay una compotera con dulce de almibar.

Uno de los niños sale cautelosamente por una de las puertas, y andando de puntillas se dirige al aparador, coloca junto á él una silla, porque no alcanza, y subiéndose á ella, levanta la tapa de la compotera é introduce la punta de un dedo y se lo lleva á la boca. Abrese en esto la puerta y aparecen los demás niños. El goloso, al verse sorprendido, huye corrido de vergüenza.

Una niña se adelanta y dice al público:

PRIMERA Y TERCERA

CUADRO SEGUNDO

Varios niños jugando á los soldados y varias niñas con sus muñecas. Se oyen de pronto voces pidiendo socorro, y todos acuden á las ventanas. Los niños salen después corriendo.

- | | |
|--------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| NIÑA PRIMERA | ¡Ay, Luciano se ha caído al estanque! |
| NIÑA SEGUNDA | La fortuna es que no está hondo. |
| NIÑA TERCERA | Sí, pero el remojón nadie se lo quita. |
| NIÑA PRIMERA | Ha desobedecido á su papá, que le prohibió bajar al jardín porque hace frío, y Dios le ha castigado. (Los niños entran con Luciano, que viene todo mojado y tiritando de frío.) |
| NIÑO PRIMERO | Ponedle mi gabán, que el pobre chico está helado. |
| NIÑA PRIMERA | Acercadle á la chimenea. |
| NIÑO SEGUNDO | ¡Cómo tiritita el pobre! |
| NIÑA SEGUNDA | ¡Como que está caladito de agua! |
| NIÑO PRIMERO | Llévemole á mi cuarto, y que se mude y se acueste. (Se llevan á Luciano, y el niño 1.º le dice al público): |

CUARTA, SEGUNDA Y TERCERA

CUADRO TERCERO

Un niño vestido de nigromante con su gran cucurucho en la cabeza y una varita mágica en la mano.

- | | |
|-----------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| NIÑA PRIMERA | ¡Oh, tú, sabio nigromante; mis ovejitas se han muerto y ya no tengo de qué vivir! |
| EL NIGROMANTE | (Tocándola con la varita.) ¡Ya eres rica! (La niña mete sus manos en los bolsillos y la saca llena de monedas.) Dos aldeanos traen á otro y le presentan al mago. |
| ALDEANO PRIMERO | ¡Oh, sabio nigromante! ¡Este infeliz se ha quedado mudo de un susto al ver caer un rayo á sus pies! |
| EL NIGROMANTE | (Tocándole con la varita mágica.) Vete, que va tienes habla. |
| ALDEANO SEGUNDO | Gracias, gracias, gracias, gracias... (Los otros tienen que taponarle la boca para que calle.) |
| EL NIGROMANTE | (Al público): |

QUINTA, SEGUNDA Y TERCERA

CUADRO ÚLTIMO

Un pobre viejo ciego sale con su guitarra, tropieza y cae al suelo.

- | | |
|----------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| EL CIEGO | ¿No hay quien me ampare? ¿No hay quien me favorezca? |
| UNA NIÑA | ¿Qué es eso? ¿Qué le sucede? |
| EL CIEGO | ¡Que me he caído y me he hecho muchísimo daño! |
| LA NIÑA | Deme usted la mano, hermanito, que yo le guiaré hasta casa, porque mi papá es médico y le cuidará muy bien. |
| EL CIEGO | ¡Bendita seas! |

(El ciego se dirige al público y le dice):

EL TODO

(La solución en el número proximo.)

JUEGOS INFANTILES

CÓMO SE HACE UNA COMETA

Entre las varias formas de cometas, escogemos para nuestra explicación una sencilla, que no por serlo deja de dar los mejores resultados.

Tomamos dos varas ó listoncitos de madera seca y ligera ó dos trozos de caña bien cortados y lisos por los nudos y los bordes. Si el largo ó altura de la cometa queremos que sea de un metro, por ejemplo, la menor de las citadas cañas tendrá unos 45 centímetros, pues ésta marcará el ancho. En esta proporción resulta la cometa de buena forma. Atamos las

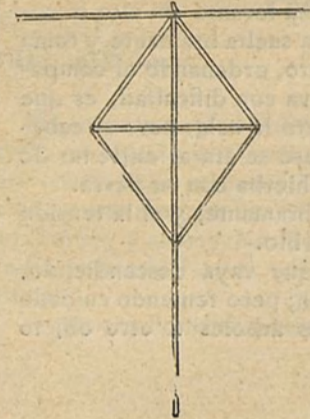


Fig. 1.a

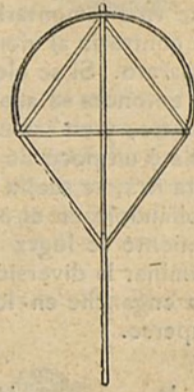


Fig. 2.a

varas en forma de cruz á un tercio de altura de la vertical, llamada *espinazo*, como se ve en nuestra figura 1.a, y con otras cuatro varitas ó con bramante bien estirado formamos la armadura de la cometa. Otra vara flexible se sujeta por su centro al extremo superior y después se encorva, formando un arco, para sujetar sus extremos á la varilla horizontal, como se ve en la fig. 2.a, en los puntos A y B, fig. 3.a, desde éstos extender dos bramantes hasta la extremidad inferior. Puesto que ya tenemos formado el *esqueleto*, procederemos á vestirle, para lo cual se emplea, ó papel fuerte pegado con engrudo, ó si la cometa es algo grande, percalina cosida con hilo. Cuando todo está bien seco se hacen dos agujeros en el espinazo, uno en la quinta parte, contando desde arriba, y el otro hacia los dos tercios de su longitud. Por estos dos agujeros pasa la *cuerda central*, fijándose con un nudo en cada cabo, fig. 4.a. A esta cuerda se une por medio de un nudo corredizo el bramante que sirve para remontar la cometa y retenerla en el aire. Esta clase de nudo tiene la ventaja, sobre

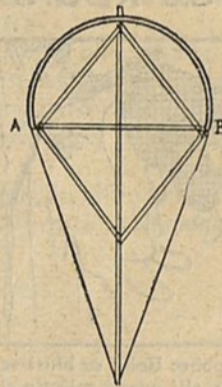


Fig. 3.a

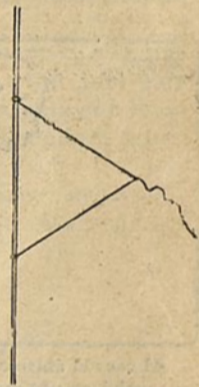


Fig. 4.a

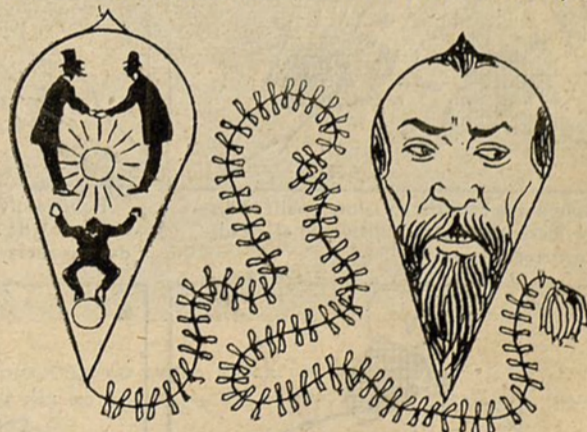


Fig. 5.a

un nudo fijo, de permitir al aparato volador la mejor posición mientras se remonta, según pese más ó menos su cabeza.

El complemento indispensable de la cometa es la *cola*, que consiste en una cuerda de doce á dieciséis veces el largo de aquélla, y en la que se van sujetando, de diez en diez centímetros, trozos de papel plegados en cuatro

dobles de cinco á diez centímetros de largo, y dos ó tres de anchura. En el extremo de la cola se coloca un borlón de papel recortado.

Las figuras grotescas ó adornos sencillos que se pintan ó pegan en las caras de la cometa, completan la labor (fig. 5.^a).

Para remontarla, hay que estar provistos de un gran ovillo de bramante atado por un extremo á la cuerda central, como queda dicho.

Se despliega la cola, y otra persona levanta en alto la cometa, mientras el que va á remontarla suelta bramante y toma carrera en dirección contraria al viento, ordenando al compañero que suelte el aparato. Si se eleva con dificultad, es que tiene mucho peso, y entonces se acorta la cola; pero si cabecea, es que le falta lastre, y en ese caso se ata al extremo de la cola una piedrecilla ó un poco de hierba con su tierra.

Mientras la cometa tira, se suelta bramante, y si la tensión cede, se recoge arrollándole en el ovillo.

Por este procedimiento se logra que vaya descendiendo, cuando se quiere terminar la diversión; pero teniendo cuidado de que al caer no se enganche en los árboles ú otro objeto en que pudiera romperse.



UN REPARTO DIFICIL

Al morir el tío Roque, el hacendado más rico de su pueblo, no tenía herederos forzosos, por lo cual dejó todo su caudal dividido en mandas, muchas de ellas para obras de caridad y otras para sus parientes y amigos. Tenía el hombre 19 mulas magníficas, y éstas se las dejó

á tres sobrinos, con la condición de que no habían de venderse hasta después de repartidas en la siguiente proporción:

A Manolo, el mayor, la mitad; á Pepe, el mediano, la cuarta parte, y á Tomás, el pequeño, la quinta.

Al tratar de hacer el reparto se encontraron con que al primero le tocaban nueve mulas y media; al segundo, cuatro y tres cuartos de mula; y al tercero, tres mulas y cuatro quintos de otra.

Si se hubiera tratado de vacas ó carneros, aún cabía dividirse la carne; pero tratándose de mulas, ¿qué hacían con matarlas y partirlas?

La cuestión se puso muy grave, porque ninguno de los herederos, á pesar de ser hermanos, quería transigir, y no se contentaban con menos de lo que les correspondía.

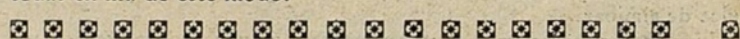
El testamento andaba loco con aquella partición de las mulas y con las peloterías que armaban los herederos pidiendo lo suyo, y no se sabe cuánto hubiera durado esta situación, á no haber intervenido el escribano del pueblo, que les dijo:

—Vamos á ver: y si en vez de la parte de mula que á cada cual le corresponde se le diese una entera, ¿os conformaríais?

Todos contestaron afirmativamente, puesto que salían ganando; pero le preguntaron cómo era posible hacer aquel aumento.

—Porque traeré yo una mula mía, que añadiré al reparto para que haya paz.

Fué el escribano á su casa, trajo una magnífica mula y se colocaron todas en fila de este modo:



las diecinueve del tío Roque y la última la del escribano.

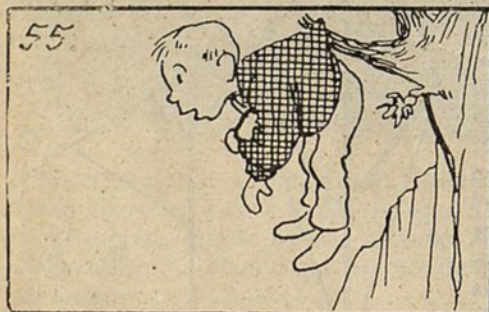
Pongan nuestros lectores igual número de fichas ó monedas y vayan haciendo la operación como el escribano la hizo.

—En vez de 19 mulas, tenemos 20. Manolo, en vez de 9 y media, toma 10 y llévatelas. Pepe, en lugar de 4 y tres cuartos, toma 5; y tú, Tomás, coge 4 en vez de 3 y cuatro quintos. ¿Estáis contentos?

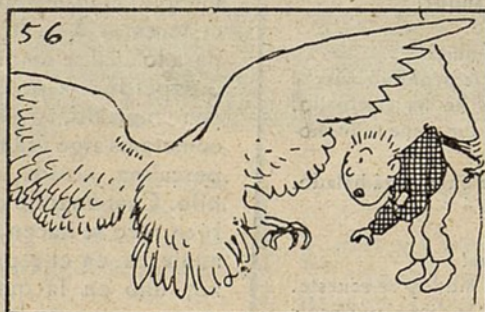
—Sí; respondieron los tres.

—Pues sea enhorabuena; y como ha sobrado mi mula, me la vuelvo á llevar á casa.

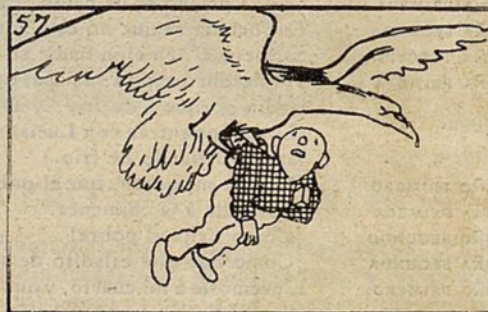
EL REGALO DE BOBI EL GRUMETE (CONTINUACIÓN)



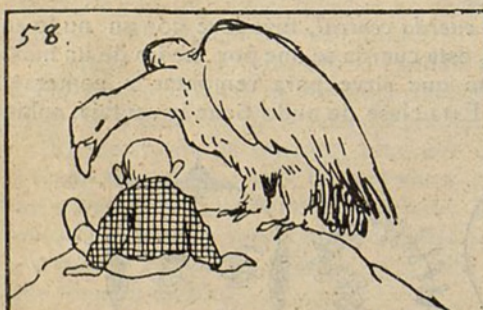
55. Al caer al abismo el pobre Bobi, su blusa se enganchó en una rama, y allí quedó colgado el infeliz.



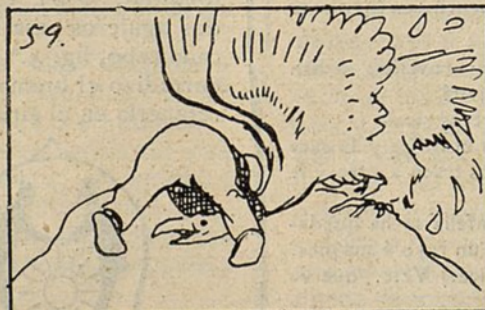
56. Se había salvado por el momento; pero ¿qué iba á ser de él? Esto pensaba, cuando un condor se le acercó volando.



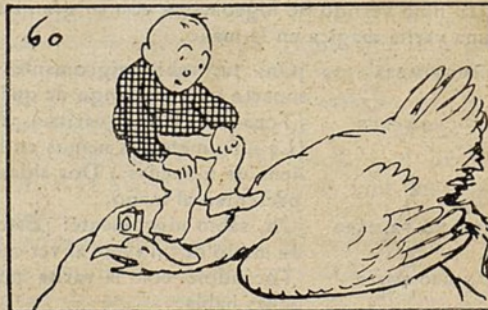
57. El pajarroco clavó sus garras en la blusa de Bobi, y se lo llevó por los aires mar adentro.



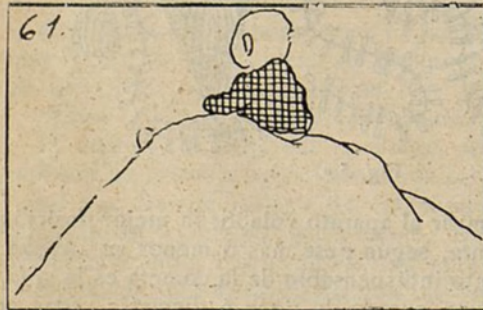
58. Llévóle á una roca de un islote, y allí se disponía á merendarse tranquilamente al desdichado grumete.



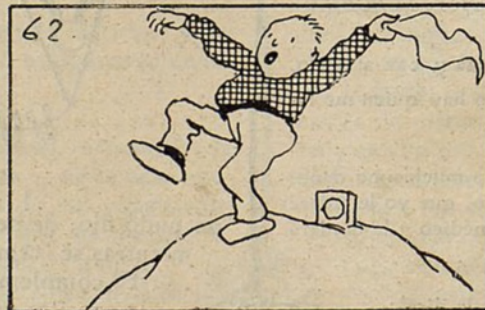
59. Bobi resolvió jugarse el todo por el todo, y se agarró de pronto al cuello del ave con todas sus fuerzas.



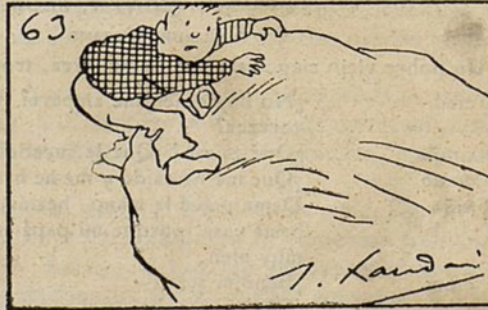
60. La lucha fué tremenda, pero la inteligencia quedó vencedora de la fuerza bruta.



61. En la piedra más alta que sobre la roca había, meditaba Bobi en su difícil situación, sin hallarla remedio.



62. ¡Oh felicidad! Allí á lo lejos se veía un barco, y el niño comenzó á gritar y hacer señas para que le viesan.



63. Pero ¡oh dolor! la piedra movediza en que estaba perdió el equilibrio y... ¡cataplún! (Concluirá.)